

El hombre del brazo de oro (1955) Otto Preminger y Bird (1988) Clint Eastwood

De las muchas películas que versan sobre las adicciones (algunas sólo tocan el tema de las drogas, sin profundizar en el verdadero drama) he elegido estas dos por motivos diferentes.

El hombre del brazo de oro por ser una de las primeras en tratar abiertamente este duro tema, además de por tener una de las mejores interpretaciones de Frank Sinatra – mejor que la que le valió el óscar por *De aquí a la eternidad* (1953) – que yo recuerde. Narra la historia de un croupier adicto que intenta recuperar su vida, para lo que quiere alejarse del ambiente de las cartas convirtiéndose en baterista de jazz. La segunda película, *Bird*, es un biopic del saxofonista de jazz Charlie Parker (interpretado por Forest Whitaker). En ambas, la lucha por salir de la adicción y las pertinentes recaídas en la misma, reflejan a la perfección el drama desolador que las drogas pueden provocar en las personas. En una de las secuencias más desgarradoras de *Bird*, aparece el protagonista hasta arriba de heroína, en casa de una amiga a la que fue a refugiarse tras un serio problema familiar, llamando por teléfono a la Western Union para ponerle telegramas a su mujer. La soledad interior que refleja la escena es de una tristeza apabullante.

Personalmente, pertenezco a una comunidad en la que las drogas fueron cuasitoleradas por la cantidad de puestos de trabajo, directos o indirectos, que en determinadas épocas proporcionaron. Nadie podía sospechar en los años setenta y ochenta que, en determinadas localidades, las drogas provocarían la ausencia de una generación entera, la mía, debido a sobredosis o enfermedades directamente relacionadas con el consumo de drogas.

Finalmente, después de tantos años de lucha antidroga y educación en las aulas y domicilios, ¿qué se ha conseguido? El panorama sigue siendo desolador: los narcotraficantes siguen moviendo su mercancía amasando fortunas en dinero negro que, cada vez, les cuesta más lavar; los jóvenes siguen cayendo en la trampa de las drogas, como si no tuvieran información suficiente acerca de ellas; y el estado sigue gastando ingentes recursos para luchar contra el tráfico de estas sustancias.

¿Es hora de pensar en otras soluciones? ¿Será la legalización, con todo lo que conllevaría añadido – regularización de actividades con sus impuestos correspondientes

y control sanitario de las sustancias, fundamentalmente – la forma de proteger a los ciudadanos de posibles sobredosis por consumir droga adulterada? ¿Hay que pensar en el ensayo general que supuso la prohibición de los años veinte en los USA? Si se legaliza, ¿se estaría realizando un “efecto llamada” para que se drogue más gente?

Se decida lo que se decida al respecto, todo pasa por más educación y más información.